

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

31. Contraficciones masculinas

La única manera de pensar en nuevas masculinidades implicaría asumir la masculinidad como una verdad ontológica. No veo la necesidad de usar la masculinidad como concepto a no ser que la creamos como una existencia en lugar de una (in)existencia. No tengo un problema con las prácticas que se hacen en nombre de las nuevas masculinidades, con muchas concuerdo y las respeto, y honro a quienes intentan vivir de otra manera, revisarse, cuestionarse, dejar de ejercer abuso. Quiero ser riguroso con el concepto, no con las prácticas.

Si pensamos en la construcción de la masculinidad como un pilar de la construcción del patriarcado y del neoliberalismo, que involucra la propiedad privada, la superioridad de los cuerpos, la soberanía, todas las figuras del paterfamilias con sus propiedades y sus herencias, entonces estamos entendiendo que el concepto mismo de masculinidad en tanto ficción política tiene su origen y su razón de existir no en una supuesta distinción de sexo, sino en una construcción histórica y política que organiza la jerarquización de las relaciones y el establecimiento de estructuras de control y producción de privilegios.

Creo que el concepto de nuevas masculinidades le hace un flaco favor al desempaque de las formas abusivas, de control, de explotación y de violación que justamente son la deriva directa y el sustento del mismo concepto de masculinidad. Si seguimos diciendo masculinidad, aunque le pongamos nuevas adelante, seguimos dejando intacta la ficción que sostiene todo lo que queremos cuestionar.

Mi proyecto va por otro lado. Implica entender la masculinidad como una ficción política, como un relato, como una institución, como prácticas del cuerpo, como prácticas estatales, como estructuras de poder, todo eso enredado entre sí e interdependiente. Lo que deberíamos cuestionar es el concepto mismo de masculinidad. Separarlo del deseo, separarlo de las hormonas, separarlo de los cromosomas, separarlo de los aparatos reproductores o de los

miembros del cuerpo, y entenderlo como lo que es, una construcción, un relato, una historia.

Si lo entendemos así, entonces decir nuevas masculinidades es como decir nuevos fascismos. Y tampoco ese sería un proyecto que me gusta. Quizás suena más obvio, pero en lugar de nuevos fascismos podríamos buscar nuevas formas de democracia o nuevas organizaciones políticas que respeten la dignidad humana, que sean equitativas, que cuestionen el autoritarismo y la masacre. Entonces el proyecto para mí no es crear otra ficción política más simpática dentro de la misma maquinaria, sino cuestionar la maquinaria.

La masculinidad es una ficción somatopolítica que se atribuye a los cuerpos y que tiene esta capacidad de hacernos decir «yo soy, soy un hombre», como si eso nombrara una esencia, una verdad, una estructura, una ontología y no lo que nombra, una historia. Lo aprendo de Paul B. Preciado, que lo advierte así: «cuidado, despertemos de este sueño histórico falacioso, la verdad sexual como verdad anatómica, como verdad psicológica, no existe. Lo que existe son un conjunto de paradigmas científicos, de paradigmas jurídicos, de regímenes políticos que permiten que cada sujeto acabe generando una ficción de sí mismo (...) pero cuidado, se trata de ficciones políticas cuya fuerza es tan extrema y tan extraordinaria que tienen solidez somática, es decir, que se acaban inscribiendo en el cuerpo y que acaban tomando la forma de la subjetividad» (Preciado, 2013a, 13:52). La masculinidad sería una de esas ficciones políticas con solidez somática. Mi proyecto, entonces, es entender cómo está compuesta esa ficción, entender estas prácticas de control, de explotación, de violación, de apropiación, de colonización, de conquista, de propiedad privada, de competitividad permanente, de avasallar al otro como un valor, como una demostración de soberanía sobre otros cuerpos.

Yo prefiero hablar de contraficciones masculinas.

Esto involucra procesos de desidentificación crítica, como nombré en otro lugar. Desidentificarse con la noción misma de masculinidad, con sus promesas, con sus premios, con sus chantajes, con sus mandatos, con sus estéticas, con sus rituales de validación, con sus formas de entrenamiento. Y abrir la

posibilidad de subjetividades que subviertan la masculinidad, no que la mejoren.

Este es un proyecto simple, pero para mí es posibilitador, porque no encasilla mi cuerpo ni ningún cuerpo en el concepto de masculinidad y en lugar de eso abre posibilidades para pensarnos como lo que Preciado llama somatecas, archivos vivos de tecnologías, discursos, hábitos, ficciones y entrenamientos que han tomado cuerpo. Si entendemos nuestros cuerpos así, entonces la pregunta cambia. Ya no es cómo ser un hombre mejor sino cómo puedo habitar este cuerpo, estas relaciones, estas comunidades, no desde los conceptos de masculinidad y feminidad, no desde ficciones políticas de la energía masculina y la energía femenina, no desde las ficciones junguianas del ánima y el ánimus como si todo eso nos dijera quiénes somos, sino desde éticas relacionales.

Por eso pongo tanto énfasis en conceptos como la ternura, el consentimiento, el cuidado, la reciprocidad no lineal, las contribuciones mutuas. Y me pregunto, más allá de la estética del cuerpo, de los cromosomas, de los miembros, de los aparatos reproductores, del deseo, que intentan establecer diferencias identitarias, qué pasaría si pensamos en contraficciones masculinas y también en contraficciones femeninas.

Digo contraficciones femeninas también porque el hecho de que la feminidad esté más asociada al cuidado es parte de un binario en el que ese cuidado no necesariamente implica reciprocidad ni inclusión de quien cuida, sino que queda asociado a un rol, a una tarea vinculada muchas veces a las excusas naturalistas del instinto materno o de que las mujeres tienen una energía femenina que las hace ser más delicadas, cuidadosas, sensibles a ciertos temas éticos. Todas las personas necesitamos sensibilizarnos en la vida. Sensibilizarnos quiere decir desarrollar sensibilidad frente a lo que implica mi existencia y su impacto en el mundo. Si mi existencia hace que el mundo esté mejor, que mis relaciones y las personas con las que me relaciono se sientan mejor consigo mismas. O si mi presencia en el mundo hace que las personas que me rodean y yo mismo produzcamos individualismo, destrucción, miedo, horror, amenaza.

La sensibilización política implica procesos de pedagogía que yo llamo en mi libro *Dignidad por partes* las pedagogías de la resonancia, las pedagogías de la ternura. Esto es un ejercicio intencionado de sentir con, de condoler, de entenderme como parte de un conjunto relacional en el que nuestra existencia es colectiva y en el que el mundo y la vida simplemente dejan de funcionar, como estamos viendo lamentablemente en estas décadas en las que se inserta la escritura de este libro, por la explotación de los cuerpos y del mundo para beneficio propio, que termina muy posiblemente con vidas que no van a poder seguir teniendo privilegios sin agua, sin oxígeno, sin vegetación, sin diversidad de especies.

El proyecto de contraficciones masculinas deja de lado la masculinidad como concepto y entiende, entonces, que la persona que está enfrente mío en el trabajo con hombres que ejercen abuso es una somateca, un archivo vivo de entrenamientos, y que ha sido entrenada en formas violentas de vivir, de ser y de relacionarse. Que aprendió, muchas veces con premios y amenazas, que el valor tenía que ver con eso, que la propia valía, que la dignidad tenía que ver con tener soberanía sobre otros cuerpos. Y el trabajo consiste en entender cómo fue ese cuerpo entrenado en esas ideas y en esas prácticas para poder formar parte de un nuevo entrenamiento en formas de vivir y de relacionarse que tengan que ver con estas otras éticas que he nombrado y que he desarrollado tanto en mi libro *Dignidad por partes* como en estas páginas.

Estas contraficciones existen a retazos. No hay un modelo, no hay un manual, no hay una nueva identidad de hombre bueno que pueda prescribirse y replicarse. Existen en fragmentos: en el hombre que desvía el teléfono porque algo que no alcanza a nombrar le mueve la mano, en el que viaja a buscar la historia de su abuelo para reconectarse con la ternura, en el que decide no mandar la carta porque honrar la voz de Marcela es más importante que su necesidad de que Marcela sepa, en el que a los 16 años dice «no quiero ser ese señor» y busca ayuda antes de que sea tarde.

No me interesa homogeneizar estas formas ni crear un nuevo estándar de masculinidad correcta que termine siendo otra camisa de fuerza. Me interesa

que cada persona, en el contexto de sus relaciones, sus historias, sus contradicciones, pueda ir inventando formas de habitar su cuerpo y sus relaciones que estén fundadas en el cuidado y no en el control. Formas imperfectas, como todo lo humano, pero intencionadas. No naturales, sino decididas. No espontáneas, sino trabajadas, día a día, con toda la torpeza y el fracaso que implica desaprender lo que el patriarcado lleva décadas enseñando.